

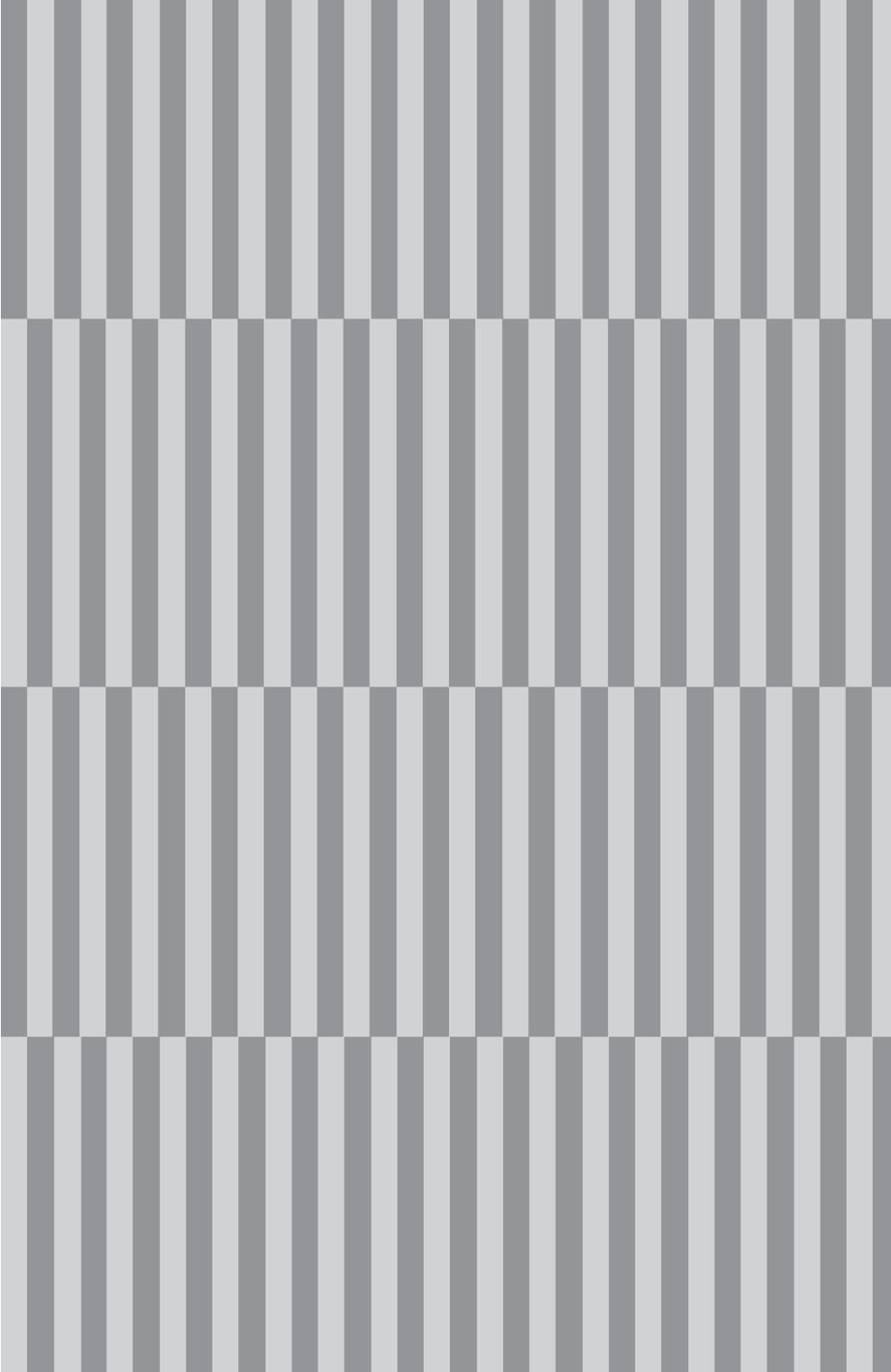
Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

**Alfredo
Bryce
Echenique**

2012



PREMIO **FIL** DE
LITERATURA
EN LENGUAS ROMANCES





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **Alfredo Bryce
Echenique**
2012



Marco Antonio Cortés Guardado
RECTORÍA GENERAL

Miguel Ángel Navarro Navarro
VICERRECTORÍA EJECUTIVA

José Alfredo Peña Ramos
SECRETARÍA GENERAL

Dulce María Zúñiga
DIRECCIÓN DE LA ASOCIACIÓN CIVIL
DEL PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA
Y DEL CARIBE JUAN RULFO

Raúl Padilla López
PRESIDENCIA DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Nubia Edith Macías Navarro
DIRECCIÓN DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Ruth Padilla Muñoz
DIRECCIÓN GENERAL DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Albert Héctor Medel Ruiz
SECRETARÍA ACADÉMICA DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Lilia Mendoza Roaf
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN
DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
RECTORÍA DEL CENTRO UNIVERSITARIO
DE CIENCIAS ECONÓMICO ADMINISTRATIVAS

José Antonio Ibarra Cervantes
COORDINACIÓN DEL CORPORATIVO
DE EMPRESAS UNIVERSITARIAS

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
DIRECCIÓN DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

Edgardo Flavio López Martínez
SUBDIRECCIÓN

Sayri Karp Mitastein
COORDINACIÓN EDITORIAL

Jorge Orendáin, Erandi Barbosa
CUIDADO EDITORIAL

Claire Castillo Montenegro
DISEÑO ORIGINAL

Sol Ortega Ruelas
FORMACIÓN Y TIPOGRAFÍA

© **Jorge Javier Salazar Zepeda (Jors)**
CARICATURA

© **Jossy Raffo**
FOTOGRAFÍA

Primera edición, 2012

© **Alonso Cueto Caballero**
Alfredo Marcelo Bryce Echenique
Gema Leticia Méndez Estrada
Iván Daniel Thays Velez
Julio C. Ortega

D.R. © 2012, **Universidad de Guadalajara**



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 450 625 9

Noviembre de 2012

IMPRESIÓN
Editorial Pandora, S.A. de C.V.
Caña 3657, La Nogalera
44470 Guadalajara, Jalisco

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

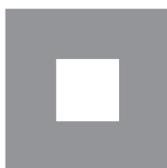
Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

**Alfredo
Bryce
Echenique**

2012

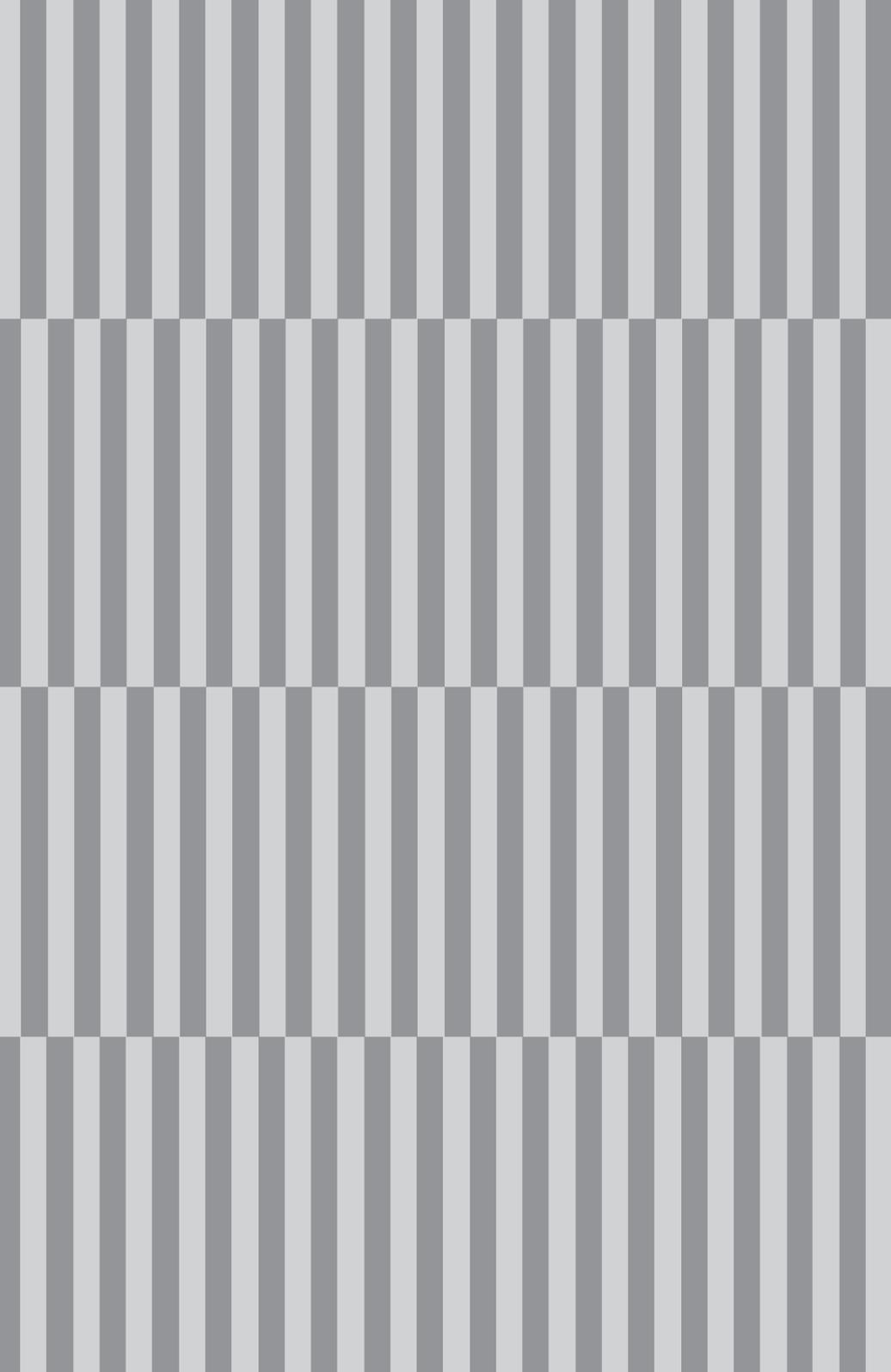


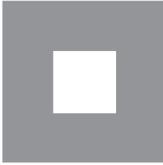
JORS.
2012



Índice

- 9** Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13** Alfredo Bryce Echenique
- 16** Los puntos circulares
Alonso Cueto
- 19** Permiso para celebrar
Iván Thays
- 23** Bryce y la ética de los afectos
Julio Ortega
- 31** Un mundo para Julius.
Un encuentro con la realidad
Gema Leticia Méndez Estrada
- 44** La literatura entre las sábanas
Alfredo Bryce Echenique





Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sean las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación Civil del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.





El día 1 de septiembre de 2012, se reunió en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el jurado calificador de la XXII edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2012, integrado por Margarita Valencia, de Colombia; Jorge Volpi, de México; Julio Ortega, de Perú; Leila Guerriero, de Argentina; Mayra Santos-Febres, de Puerto Rico; Mark Millington, de Inglaterra, y Calin Mihailescu, de Canadá. Una vez examinadas las candidaturas que se presentaron y desde las propuestas de los propios integrantes del jurado, éste decidió, tras cuidadosa deliberación, conceder por unanimidad el galardón a

Alfredo Bryce Echenique

Nacido en Lima, en 1939, Alfredo Bryce Echenique es una de las figuras fundamentales de la literatura latinoamericana. Su obra ha atravesado e influido a varias generaciones desde la publicación de su primer libro de cuentos, *Huerto cerrado*. Su prosa está plena de humor, sentido satírico y un estupendo registro de la oralidad. Desde una melancolía bien temperada y una irónica nostalgia por los años idos, construye mundos y personajes entrañables con quienes los lectores establecen empatía inmediata.

Es autor de *Un mundo para Julius* (1970), una novela que se ha vuelto imprescindible, y de una obra prolífica, que incluye las novelas *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981), *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1985) y *No me esperen en abril* (1995), entre otras. Este gran cronista de la vida y las búsquedas literarias y políticas de los latinoamericanos de su generación, explora temas que rozan la enfermedad, la felicidad, el amor y la tristeza, y se empuja con igual eficacia por el cuento y la novela.

Leila Guerriero

Calin Mihailescu

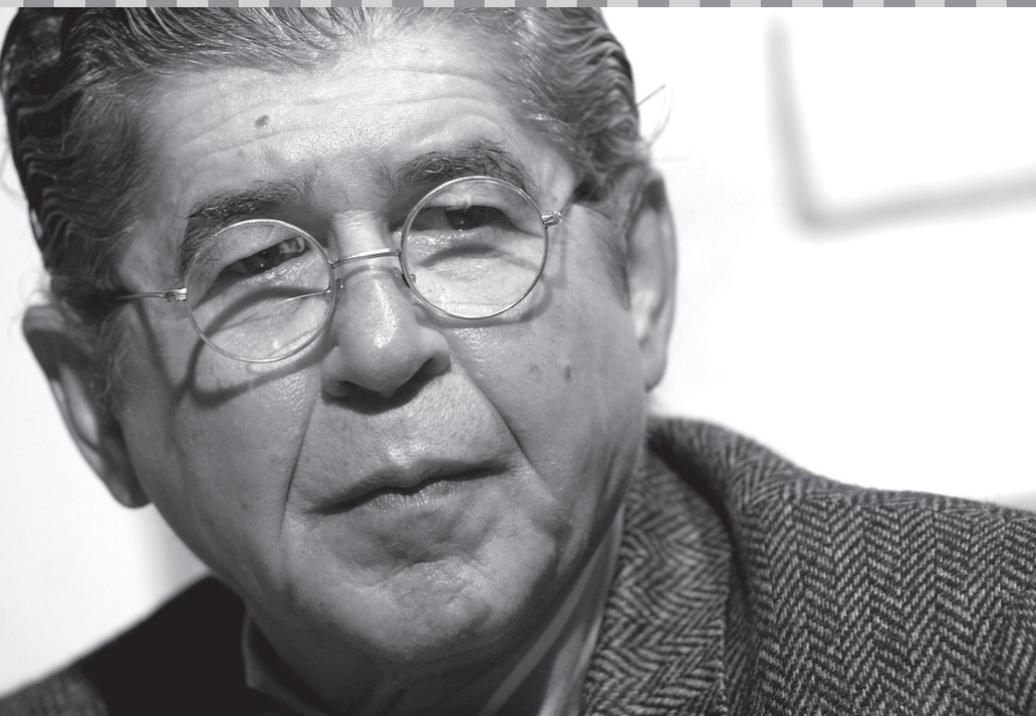
Mark Millington

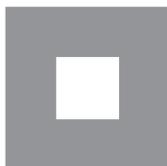
Julio Ortega

Mayra Santos-Febres

Margarita Valencia

Jorge Volpi





Alfredo Bryce Echenique

Nació en Lima, Perú, el 19 de febrero de 1939. Se crió dentro de una prominente familia de banqueros, sus padres fueron Francisco Bryce Arróspide y Elena Echenique Basombrío de Bryce. Su tatarabuelo, José Rufino Echenique, fue presidente del Perú en 1851. Bryce Echenique cursó sus estudios primarios en el Inmaculado Corazón, y secundarios, en el Santa María y, luego, tras un incidente en este colegio por el que hubo de ser hospitalizado, ingresó al San Pablo, un internado británico en Lima. En 1957, ingresó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y se licenció en Derecho, obteniendo el título de Doctor en Letras en (1977).

En 1964 se trasladó a Europa y residió en Francia —en París se diplomó en La Sorbona en Literatura francesa clásica (1965) y contemporánea (1966), Magíster en Literatura por la Universidad de Vincennes (1975)—, Italia, Grecia y Alemania. Desde 1984 hasta 2010 radicó en España, aunque solía pasar largas temporadas en su tierra natal. Regresó brevemente al Perú en 1999 y abandonó el país ante el clima político reinante. Volvió a Barcelona en 2002. Ha trabajado como profesor en las universidades de Nanterre, La Sorbona, Vincennes, Montpellier, Yale, Austin, Puerto Rico y otras.

Premios y honores

- Mención en el Premio Casa de las Américas en 1968, por *Huerto cerrado*.

- Premio Nacional de Literatura en 1972, por *Un mundo para Julius*.
- Premio a la Mejor Novela Extranjera en 1974, Francia, por *Un mundo para Julius*.
- Orden El Sol del Perú, rechazada por Bryce Echenique al gobierno de Fujimori alegando sus convicciones democráticas.
- Premio Nacional de Narrativa de España en 1998, por *Reo de nocturnidad*.
- Premio Planeta en 2002 por *El huerto de mi amada*.
- Premio Grinzane Cavour en 2002 (Italia) por *La amigdalitis de Tarzán*.

OBRAS

Novelas

- *Un mundo para Julius* (1970).
- *Tantas veces Pedro* (1977).
- *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981).
- *Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire* (1985).
- *La última mudanza de Felipe Carrillo* (1988).
- *Dos señoras conversan* (1990).
- *No me esperen en abril* (1995).
- *Reo de nocturnidad* (1997).
- *La amigdalitis de Tarzán* (1999).
- *El huerto de mi amada* (2002).
- *Las obras infames de Pancho Marambio* (2007).
- *Dándole pena a la tristeza* (2012).

Cuentos

- *Huerto cerrado* (1968).
- *La felicidad ja ja* (1974).
- *Todos los cuentos, Mosca Azul* (1979).
- *Magdalena peruana y otros cuentos* (1986).
- *Goig* (1987).
- *Cuentos completos* (1995).
- *Guía triste de París* (1999).
- *La esposa del rey de las curvas* (2009).

Textos biográficos

- *A vuelo de buen cubero* (1977).
- *Crónicas personales* —edición aumentada de *A vuelo de buen cubero*— (1987).
- *Permiso para vivir* ("Antimemorias" I) (1993).
- *Doce cartas a dos amigos* (2003).
- *Permiso para sentir* ("Antimemorias" II) (2005).





Los puntos circulares de Bryce

Alonso Cueto

La realidad no gira en torno a un centro. No está hecha de identidades y esencias. Los seres humanos no tienen un solo rostro. Todos formamos parte más bien de una sucesión de puntos que van moviéndose en un universo abigarrado y cambiante. Nuestras conductas son inesperadas y tienen un sentido ambiguo. Para un personaje de Bryce, el amor, los viajes, las separaciones, pero también los episodios rutinarios, son estados siempre nuevos, renovados por el asombro. El tedio no tiene lugar en sus páginas. El niño Julius vive siempre experiencias intensas con su familia y sus amigos y con los sirvientes. Lo mismo ocurre con Martín Romaña. Felipe Carrillo vive en una eterna mudanza. En *Reo de nocturnidad*, el protagonista Max Gutiérrez está tan asombrado del mundo que nunca puede detenerse a dormir. En este eterno movimiento, los personajes de Bryce van avanzando a tientas, descubriendo nuevos amigos, nuevos amores, nuevos espacios y tiempos. Las frases cortas, concisas, no pueden expresar ese mundo cambiante, incierto, revelador. El tono dramático no es el género que mejor se acomoda a esa búsqueda. La visión humorística y las frases largas, de cláusulas que se van extendiendo, en cambio, registran el movimiento, la explosión, la circularidad de la vida. Los puntos luminosos de su universo van girando. Al relativizar los valores absolutos del mundo, el humor es una puerta de entrada a su variedad y su riqueza.

En un magnífico artículo publicado en su blog de *El País* "Vano oficio", Iván Thays explora una de las expe-

riencias más frecuentes en los personajes de Bryce: el deslumbramiento ante la mujer amada. La mujer aparece con una brillantez y una complejidad que fuerzan al lenguaje a sus límites. En *El huerto de mi amada*, por ejemplo, Carlitos comprueba que Natalia y él “logran hacer el amor y el humor al mismo tiempo”. Sentado en el legendario café Dominó de las Galerías Boza, Carlitos ve a Natalia pasar, “vestida de mucha hembra para mí, desafiante y terrible, la melena rizada al viento, toda despeinada y leona. Llevaba una simple blusa negra de algodón, pero transparentona a morir, zapatos de andar desfachatadamente por casa, sin tacos ni nada, casi de ballet, y una falda de cuadros blanco y negro pegada a todo, o tal vez todo pegado a la falda, pero siempre de la forma más curvilínea que darse pueda.”

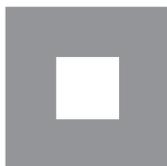
En este pasaje, los detalles vivos nos persuaden por acumulación. La expansión de “la melena rizada al viento” se complementa con la justeza del “todo pegado a la falda”, en el cuerpo femenino. En otra escena, esta vez de *Un mundo para Julius*, el protagonista y Vilma están tomando desayuno. Toda la descripción sugiere una pequeña fiesta de los sentidos: “No bien arrancaban los soniditos del desayuno, el de la mermelada untada, el de la cucharilla removiendo el azúcar, el golpecito de la tacita contra el platito, el bocado de tostada crocante, no bien sonaban todos esos detalles, una atmósfera tierna se apoderaba de la habitación, como si los ruidos de la mañana hubieran despertado en ellos infinitas posibilidades de cariño”. Los bocados del desayuno tienen un valor humano en este pasaje, que se congrega en el asombro del niño, ante las maravillas de una mesa. Como en el pasaje anterior, la enumeración combina la vivacidad de la descripción con la sensualidad de los sonidos.

Alguna vez ha dicho Bryce que sus libros son como el cuarto de un niño que ha desordenado sus juguetes antes

de que su madre venga a arreglarlo. El universo (la sociedad, la historia, la cultura) es también quizá un cuarto lleno de puntos y de objetos puestos en desorden que sus novelas exploran.

Bryce ha dado una versión de Lima y de sus familias que va a quedarse con nosotros. No es la mirada de Ribeyro pudorosa, contenida y dramática. Es más bien la otra Lima, vista con una ironía risueña y al mismo tiempo con un realismo ácido y desencantado. El premio FIL que ha recibido es un gran reconocimiento a esta obra. Un premio más que merecido a un escritor que ha mostrado ese punto en el que el humor es el único camino a la verdad.





Permiso para celebrar

Iván Thays

Siempre me pareció asombrosa, extraordinaria, la capacidad de Alfredo Bryce Echenique para convencerme de que las mujeres a sus personajes les parecen hermosas, son realmente hermosas. Soy de los lectores que suelen enamorarse de las protagonistas de las novelas, y por eso mismo resulto muy exigente cuando las describen, las hacen hablar o actuar (no caí seducido ante las mujeres del boom: ni la Maga, ni Talita, ni Alejandra, ni Teresita Arrarte, ni siquiera las mulatas de Cabrera Infante). Pero en ello Bryce Echenique es un mago. Cuando algunos de sus personajes sostienen que una mujer es bella (y suelen decirlo con frecuencia) yo le creo. Me he enamorado sistemáticamente de casi todas sus protagonistas. De Susan, por supuesto. Cecilia (del cuento "Con una mano en las cuerdas") fue algo así como mi primer amor. Fui el Taquito Carrillo de Baby Schiaffino. Fui el profesor perdido en París preocupado por la fragilidad de Florence. Me enamoré de cada una de las mujeres de Pedro Balbuena en *Tantas veces Pedro* (y utilicé su famosa fábula del sabio zen y los caballitos salvajes en la vida real, sin demasiado éxito). Decidí que sólo podía enamorarme de mujeres con minifalda como Inés en *La vida exagerada de Martín Romaña*, hasta el punto que hasta hoy cada vez que veo unas piernas hermosas y una minifalda recito en mi mente Inés "luz de donde el sol la toma". Por supuesto, Octavia de Cádiz, inalcanzable y buena, dulce y perfecta, fue mi amor imposible. Y me enamoré platónicamente por sus cartas pre-

ciosas de Fernanda en *La amigdalitis de Tarzán*. Y podría seguir con más relatos y más novelas.

Un día, sin embargo, descubrí el truco de Alfredo Bryce Echenique para retratar mujeres hermosas. Era un truco simple, obvio, pero muy difícil de conseguir. Se trataba de enamorarse perdidamente de sus mujeres (las reales y las literarias), de entregarse a ellas y de dejar en claro, desde el principio, que las mujeres de las que nos enamoramos siempre son mejores que nosotros.

Para lograr ese efecto, Alfredo Bryce Echenique debió conseguir lo que, me parece, es el mérito más grande de su carrera: la creación de un personaje. Bryce ha inventado un *personaje* (lo pongo en cursivas porque me faltan palabras para explicarlo mejor) inolvidable, entrañable, que no teme exponer su confusión, su debilidad, su pesimismo cabalgante, su inferioridad ante las mujeres bellas, su hablar balbuceante y digresivo, su ternura, su auto-compasión, su timidez, sus manos temblorosas, su sentido del humor (basado casi siempre en ataques contra sí mismo), su mirada triste, aturdida, anhelante. La mirada de alguien que pide permiso. No por nada, las memorias (que Bryce llama "anti-memorias") se titulan *Permiso para vivir* y *Permiso para sentir*. El personaje creado por Bryce no tiene edad (puede ser un niño como Julius, un púber como Manolo, un adolescente como Manongo Sterne, un joven como Pedro Balbuena o Martín Romaña, un adulto como Juan Manuel Carpio) pero sí tiene un rasgo que lo define y que está expresado en un aforismo de Groucho Marx que él siempre recuerda: "No puedo aceptar ser socio de un club que me acepte como socio".

El personaje de Bryce Echenique es un hombre sentimental, un tímido que no puede dejar de hablar, un romántico que sabe que las mujeres y el amor serán su perdición,

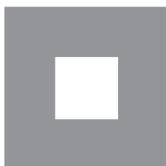
y siempre llegan a uno con la misma cuota de felicidad y desesperanza. Esas mujeres hermosas, demasiado hermosas, son inasibles, porque si no lo fueran, si acaso alguna de ellas pudiera pertenecerle al fin a uno de ellos, sería un error en la elección del club. Porque una mujer hermosa que lo acepte no puede ser tan hermosa. Algo malo debe tener esa muchacha. Es perfectamente lógico, entonces, que su personaje termine abandonado, asesinado, mantenido en condición epistolar y platónica, cambiado por otro; todo ello es señal de que se ha elegido bien el objeto amoroso. La soledad es la irrefutable prueba de que se ha amado a una mujer perfecta. Al contrario, conseguir el objeto adorado es algo casi indigno, algo que le sucede a los demás. Lo más importante, queda claro, es quedarse solo, a veces con un trago en la mano, a veces con una broma o la letra de una canción (Frank Sinatra o Felipe Pinglo), a veces incluso con un libro para leer (*A través del río y entre los árboles*, de Hemingway, por ejemplo) que los consuele y explique por qué nos han abandonado.

Bryce solía decir de Julio Ramón Ribeyro que “tenía una forma de llegar como quien no tarda en irse”. He ahí otra buena forma de definir la llegada del personaje bryceano al amor: llegar como quien promete irse pronto. Intentar quedarse no sólo es señal de mala educación sino una ridiculez (lo que en Lima llamamos “huachafada”), algo imperdonable pues el personaje de Bryce, además, sufre por pertenecer a esa aristocracia limeña —que nada tiene que ver con blasones— donde lo ostentoso y lo decidido hay que dejárselo a los vecinos, a los arribistas, a los optimistas. Los aristócratas limeños sentimentales son indecisos y apasionados, como la garúa. Y así se enamoran.

Alfredo Bryce Echenique acaba de ganar el premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2012. Es una

pena que ese premio haya dejado de llamarse Juan Rulfo. Bryce conoció a Rulfo y ha escrito una crónica memorable sobre él, acusándolo de ser uno de esos humoristas que parecen serios, y por ello su sentido del humor era infalible. Estoy seguro de que a Rulfo le hubiera gustado que Bryce reciba un premio que lleva su nombre. Pero en fin, no pudo ser y no se hable más, pues nada puede empañar la felicidad que sentimos todos quienes admiramos la obra de Bryce Echenique, quienes tenemos permiso para celebrar.





Bryce y la ética de los afectos

Julio Ortega

Si Don Quijote en vez de salir de la Mancha hubiese tenido la peregrina idea de volver a ella, habría protagonizado no las aventuras de la improbable justicia en este mundo, sino la biografía de su desvivir melancólico. Alfredo Bryce Echenique, en esta segunda salida de sus memorias, narra su regreso a casa como una empresa quijotesca de signo melancólico: aunque decide abandonar Europa y volver al Perú, el desengaño lo obliga a otra partida. Cervantes no sólo se negó a recordar el origen de Don Quijote sino que cuando tuvo que hacerlo regresar a su pueblo, lo liberó con una pronta salida; al final, vencido y condenado a volver, a Don Quijote no le queda sino recuperar la razón y, con ella, la muerte. En esa lección ilustre, Bryce Echenique entiende que debe recuperar el relato de sus idas y vueltas, la medida de su peregrinaje peruano, ese drama de su identidad narrativa. La Mancha, se diría, pertenece a lo literal, allí donde lo real es un menoscabo y donde los hombres son demasiado legibles. De esa tinta derramada, que borra los nombres, Don Quijote se encamina hacia Barcelona, donde finalmente visita la imprenta y reconoce su origen imaginario, la escritura.

La aventura de Bryce Echenique es memorialista: el suyo es un "relato filosófico," según se conoce al género que ensaya las posibilidades de autoconocimiento del yo. Pero esta exploración adquiere la forma de un proyecto novelesco capaz de dar sentido a la apuesta y los quebrantos de esa agónica vuelta al Perú, reiterada demanda

biográfica impuesta al relato desde la primera página que escribió el autor en su primer libro, apenas instalado en Europa. A la sombra del *Quijote*, este relato pleno de humor hace camino de tristeza.

El modelo cervantino

Permiso para sentir (PEISA, 2005) segundo tomo de las "Antimemorias" de Bryce Echenique (Lima, 1939) declara desde el comienzo su estirpe cervantina. En primer lugar, porque pertenece a la indeterminación de la novela moderna, a la interpretación permanente de lo vivido, más allá de los códigos y las normas previstas, en el lenguaje abierto por esa sílaba desencadenante ("yo"), cuyo registro es un escenario de celebraciones, purgaciones y exorcismo. Pero, en segundo lugar, porque la empresa quijotesca de Bryce Echenique es restaurar en el mundo una justicia emotiva: la ética de los afectos. Esto es, la pasión gregaria del diálogo que reconoce su tribu peregrina entre viajes de ida y vuelta, en el tránsito circular de la memoria, y gracias a los vasos comunicantes del ágape.

Este Eros de la comunicación preside, con su empatía y simpatía, las "antimemorias" de Bryce Echenique. Su elocuencia feliz, su probada capacidad de encantamiento narrativo, sostiene una estrategia de la emoción como matriz estética, moral del camino y juicio de valor. Sin embargo, nada es menos sentimental que la emoción, porque no se debe a la mera expresividad de los sentimientos sino, justamente, a la puesta en crisis del lenguaje. Porque si fuese del todo decible, sería dudosa: vence al balbuceo pero lleva la materia ardiente de su demanda. La memoria recontada es, por eso, una economía del olvido: su relato se libera del peso de lo cotidiano, que

es melodramático, y se impone aliviada de explicaciones, puro presente, única y fugaz. De allí su estética de lo excepcional, que cultiva las revelaciones de la ternura, la complicidad amistosa, el entendimiento amoroso; las señas, en fin, de una identidad emotiva, capaz de propiciar el favor de lo casual y la simetría de las confluencias. Todo lo cual es de por sí novelesco.

Por ello, en lugar del código caballeresco que secó el seso de Don Quijote, se gesta en este libro el código de la amistad, que alimenta el corazón abundante de un narrador en estado incandescente de diálogo. Hecha por el uno en el otro, por un valor sin rédito, esta moral de los afectos no es una ley escrita sino una verdad mutua: una aventura narrada, descubierta en la pareja pasajera, en los interlocutores propicios, en el turno de los compañeros de viaje.

Dijo Barthes: "escribir Yo es entrar en la ficción". Nos dice Bryce: escribir Yo es entrar en la charla. Esto es, hacer del habla el lugar sin fronteras de una saga tribal compartida. En este libro, además, el sistema afectivo y su misma retórica persuasiva, elaborado por el "autobiografismo" bryceano, es puesto a prueba por la crisis del retorno: sin proponérselo, el autor ha escrito la historia de la subjetividad peruana de este fin de siglo de autoritarismo y corrupción, de violencia y autonegación. Y lo ha hecho en su centro menos evidente: la intimidad del valor mutuo, allí donde la urdimbre social empieza en la estimativa del otro, y culmina en la civilidad y la urbanidad. Pero incluso ese testimonio en sí mismo valeroso y solitario no es todo el libro, que se resuelve en su propia novelización y que nos convoca a una mayor aventura, la de ser parte de la suerte del diálogo, en las ideas y vueltas tramadas como una indagación abismada. Y no es sólo una conversación

amena y literaria, sino también pasional sobre la capacidad del relato memorialista de poner a juicio el valor del "yo" en el "tú", del árbitro en el arbitrio.

Los modelos de Stendhal y Proust

Si lo literal sólo puede ser realista y, por eso, trabajar del lado de la muerte, lo emotivo intenta ser tolerante, urbano y civil; trabajar, así, del lado de los sentidos. Lo emotivo pide, por eso, "permiso para vivir", primero, y "permiso para sentir", después. En verdad, licencia para recordar, y gracia para escribir. Porque "sentir", en estas "Antimemorias 2", equivaldrá a "escribir". La emoción escrita, ese culto de las *memorias del egotista*, consagrado por Stendhal, es un modelo de vehemencia evocativa que Bryce Echenique cultiva con deleite. En este modelo, el Eros de la reminiscencia anima al discurso con su apetito por contar y alabar; aunque el humor del autor nos libera del arrebatamente romántico, gracias a que la ironía y el estoicismo transforman cualquier pérdida en una comedia de las emociones desencontradas. Nadie como Bryce Echenique ha vuelto cómico, antiheroico, al hedonismo.

Así, el relato amoroso, recurrente como las volutas de un concierto barroco, fluye interpolado, casi como un contrapunto con Stendhal. Está libre, eso sí, del yo dominante del "egotista", siempre atrapado "entre dos mujeres" a las que Stendhal reconocía haber reemplazado por sus libros. Y aunque en la lección del maestro, Bryce Echenique hace de la historia amorosa una "convulsión", su narrador "antimemorialista" convierte a la amada en cuento de simultaneidad episódica: todo comienza y todo termina al mismo tiempo. Este narrador está lejos del catálogo de conquistas, ya que más bien relata sus naufragios amo-

rosos, una y otra vez abandonado. Ésa es la primera aceptación de la anti-memoria: la del recuerdo, que ocurre en su contradicción, no literalmente sino figurativamente, no a nombre de la verdad del juicio sino a imagen del juicio de la verdad. Los grandes amores son los desdichados, aquellos que no llegaron a la normatividad cotidiana de la familia, esa “fábrica de la locura” que dijo Laing.

“He aprendido a conocerme a mí mismo y he visto que era a las puertas del templo de la Memoria que yo debía llamar para encontrar la felicidad”, escribió Stendhal en su *Diario*. En cambio, Bryce Echenique no se debe a ese templo sino a su ausencia: “Y cómo habría sido mi vida desde entonces y para siempre. La nostalgia surge siempre de lo irrecuperable, pero posee al mismo tiempo una asombrosa carga de vida latente que la hace mucho más compleja que el recuerdo. Éste, en efecto, sólo puede ser bueno, malo, regular o indiferente y, a lo más, alegre o doloroso. Pero está ahí, existe mientras no se lo trague el olvido. La nostalgia, en cambio, nos invade cuando el hecho que la motiva es irrecuperable o irremediable. O cuando fue mal vivido, vivido a medias o mal comprendido” (70). La nostalgia, en fin, está llena de vida narrativa: las “antimemorias” son su guía insondable, un verdadero diccionario amoroso donde todas las definiciones son de emociones.

Ante una realidad depredada por la violencia (las clases sociales aparecerán también en este libro como el infierno ideológico peruano), que sólo puede imponer en el sujeto la melancolía (la destrucción del deseo por la fuerza banal de lo real); se reafirma aquí la fuerza (quijotesca) del sueño y la nostalgia (virtuosismo bryceano) del nuevo mundo emotivo. Ese espacio sin norma ni sanción carece de fronteras, y discurre entre Perú y Europa como un trayecto permanente del discurso prometido, perdi-

do y perseguido. Se trata de un proyecto, evidentemente, proustiano. Varias veces alude el autor al modelo de Proust, incluso para negarlo, porque recobrar el tiempo le resulta anti-temporal, ya que las memorias no son de acumulación documental sino el golpe de la contracorriente, porque carecen de afán recuperador y consagran la pérdida como el íntimo placer del dolor afectivo.

En lugar de las “magdalenas” parisinas que traen al narrador de Proust toda una época de su vida gracias a la “memoria involuntaria”; nuestro narrador consagra “el cebiche peruano.” Escribe:

“Lo aprendí a hacer para Maggie, y lo dejé de hacer el día que me abandonó. La canción había terminado para siempre, pero también para siempre quedó la melodía. La canción era mi famoso cebiche a la peruana. La melodía era Maggie” (266).

De modo que, irónicamente, el objeto desencadenante, un platillo típico, produce el olvido, no la memoria. El cebiche pertenece a lo literal (de cuya receta no quiero acordarme), mientras que su melodía pertenece a la emoción: es la voz de lo perdido. Las “antimemorias”, a su modo, hacen hablar no a la memoria sino al olvido. Por eso, el relato tiene, en sus mejores momentos, la fluidez sensible y la recurrencia elegante de un andante mozartiano. No se debe a las evidencias del cuento sino a la simpatía del recuento.

Ese recuento, en efecto, está hecho del entrecruzamiento de los tiempos (proustianos) de la duración y los tiempos deseantes (bryceanos) del descuento. En ese suplemento del juego, al margen de los tiempos normados por las reglas sociales y las normas familiares, en esos mi-

nutos descontados (rencuentros, desencuentros, fugas...) se gesta el destiempo del desbalance. Allí el relato gana el aliento de su paradoja, el humor de su vitalidad y la ternura de saberse gratuito, del lado de la pérdida.

Para haber naufragado tantas veces, estas memorias contra la corriente navegan sus 628 páginas con buen viento y felicidad.

Por lo demás, *Permiso para sentir* son "antimemorias" no por alusión a Malraux sino a pesar suyo. No hay aquí nada que remita al heroísmo ceremonial del hombre de letras testigo de su época, sino todo lo contrario: la estrategia, por lo demás evidente de Bryce Echenique, no es consagrarse como un monumento nacional sino denunciar su propia estatua de pluma y tintero, su lugar en la plaza pública de los discursos de orden.

Se puede, por lo mismo, concluir que las "memorias" son la confirmación de la cárcel de lo literal; en este caso, todavía más degradado por la corrupción política del gobierno del Ing. Alberto Fujimori y el Dr. Vladimiro Montesinos, esa pareja siniestra del autoritarismo perverso y la violencia vulgar, que extiende su mancha de tinta derramada, indeleble y sombría, a lo largo de las clases. Esa sombra del mal, a su vez, genera en las clases medias y altas un racismo feroz, que confirma la mala calidad de la vida cotidiana peruana, viciada por la negación del otro, por la recusación de la diferencia. En términos de salud anímica, ello implica el suicido ético del sujeto, porque la ética sólo puede ser el lugar que ocupa el otro en mi yo, lo que me configura como agente del diálogo. Entre el clasismo y el racismo (pestes ideológicas y pasiones bastardas de los peores tiempos peruanos), el sujeto nacional termina por corromperse inobjetablemente. Por eso, en la segunda parte de este libro, el narrador deambula

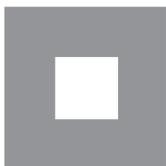
en un infierno sin círculos, mero laberinto repetido entre falsedad y mezquindad; y levanta, no sin espanto, su furia desolada y su agonía melancólica, acosado por gentes que trivializan la lectura. Cada persona disminuida por el medio representa una danza de la muerte, grotesca e inapelable. Lo literal, después de todo, es incólume como el cinismo e irreversible como las pesadillas.

Las memorias, por eso, son la cárcel del emotivo. Las antimemorias, en cambio, son su libertad.

Leemos: "Así, inmenso y lleno de aire y de libertad o del aire de la libertad de inventar y crear por encima de toda amarra, así es el recuerdo de Pasalacqua..." (116). ¿Cómo puede ser un recuerdo liberado de su propia representación literal? Gracias a que, como en este caso, se trata de un gran arquero, evocado por el narrador como "un hombre volando". Ese instante del arquero en el aire, esa vehemencia del recuerdo, libera a la memoria para convertirla en emoción pura, salvada por el habla.

Estas epifanías de la memoria nos devuelven a Flaubert, quien en la primera página de este libro ha sido convertido por el autor en un escritor emotivo. Liberándolo de la imagen común del fanático picapedrero que logra una frase por día, Bryce Echenique lo sitúa entre los escritores contra la corriente, aquellos que se miden por su capacidad de perder a cambio de algún milagro. Cortázar, nos dice Bryce Echenique, perfeccionó esa capacidad de vuelo; Julio Ramón Ribeyro, no menos memorable, daba lecciones de abismo.





Un mundo para Julius.
 Un encuentro con la realidad
Gema Leticia Méndez Estrada

En un sentido vivimos, en la medida en que experimentamos el mundo de diferentes maneras, en diferentes mundos.

Ronald D. Laing

Cuando encontraba a una persona que me parecía inteligente (...) no le hablaba ni de serpientes, boas, ni de bosques vírgenes, ni de estrellas. Me olvidaba así de mi mundo y le hablaba del suyo: le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se sentía muy contenta de haber conocido a un hombre tan razonable, tan serio y tan formal.

Antoine de Saint Exupéry

Un mundo para Julius es esa casa de cristal que todo nos permite mirar. Transparente, cristalina, esta obra, deleite de palabras e imágenes, se muestra estructurada en cinco partes: El palacio original, el Colegio, Country Club, Los grandes y, finalmente, Retorno. *Glamour*, belleza, riqueza, frivolidad, infidelidad, hipocresía, pobreza, fealdad, inmundicia, muerte, soledad, clases sociales, son sólo algunos de los aspectos que encontramos a lo largo de cuatrocientas setenta y siete páginas.

Lo mejor, sin embargo, ha sido mirar todo, escucharlo, interpretarlo y sentirlo a través de un niño que algún día dejará de serlo a fuerza de caricias maternas, regaños, trato con los hermanos, cambios físicos, encantos, desencantos, juegos entre amigos, compañeros de escuela,

maestros, primos y tantos otros seres que nos rodean, inevitables la mayoría de las veces.

La primera parte, “El palacio original”, nos muestra la noble cuna de nuestro protagonista:

Julius nació en un palacio de la avenida Salaverry, frente al antiguo hipódromo de San Felipe: un palacio con cocheras, jardines, piscina, pequeño huerto donde a los dos años se perdía y lo encontraban siempre parado de espaldas mirando, por ejemplo, una flor, con departamentos para la servidumbre, como un lunar de carne en el rostro más bello.¹

Resulta importante aquí señalar la inmediata ubicación social que nos regala Bryce Echenique, pero más relevante observar cómo Julius es “un lunar de carne en el rostro más bello”, como si con esto nos quisiera decir desde el principio que este niño no encajaba en el patrón de belleza, al parecer, requisito entre los ricos. Como si se tratara de un ser defectuoso, además, se vislumbra una constante alusión a sus orejas:

Mientras Cinthia preguntaba, él permanecía inmóvil, con las orejotas como alfajores-voladores, las manos pegaditas al cuerpo, los tacos juntos, pero las puntas de los pies bien separadas como un soldado distraído en atención.²

“Había una criatura orejona parada con los tacos muy juntos, las puntas de los pies muy separadas y las manos pegaditas al cuerpo”, “Seguía con las manos pegaditas al

¹ Alfredo Bryce Echenique. *Un mundo para Julius*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2011, p. 11.

² *Ibid.*, p. 22.

cuerpo y orejonsísimo”, “Ya hasta lo conocían y lo recibían con sonrisas: era el niño orejudo que venía con la cocinera insolentona y el ama requetebuena”.

Sabemos que el mundo es percibido por los sentidos, a través de ellos nos contactamos con el exterior, recibimos mensajes, conocemos. Las orejas, parte valiosa del sistema auditivo, captan sonidos, sean éstos derivados del lenguaje, de la naturaleza, de los autos, de los animales. Julius entonces poseía algo sobre los demás, una gran capacidad para escuchar, para conocer, para contactar al mundo, sea cual fuese, a través de sus orejas. Le gustaba también mirar, y esos ojos infantiles le ayudaban a absorber el mundo.

Oír y ver fue suficiente para enterarse que la muerte de un ser querido puede percibirse de distinta manera: entre su padre y Cinthia fue la pérdida de su hermana quien oscureció el palacio. También empezó a notar que los viajes, el dinero y un nuevo matrimonio ayudan a olvidar, al menos eso pensaron su madre y hermanos.

En la segunda parte, “El Colegio”, nuestro protagonista experimenta varios encuentros peculiares, marcando en él la visión de mundos diferentes. Al regresar a casa, él y su niñera tomaron la calle del costado derecho del colegio:

Iban subiendo por la pista, callados y pensativos, cuando en eso Julius vio algo que atrajo inmediatamente su atención. “Son los mendigos”, le dijo Vilma; “no te acerques”, pero ya era tarde: Julius había partido carrera y ya estaba llegando al lugar en que se hallaban tirados (...) Se detuvo cerquita y empezó a mirarlos descaradamente. Los mendigos también lo miraban y algunos hasta le sonreían, él ya no tardaba en preguntarles por qué tenían una cacerola.³

³ *Ibid.*, pp. 59 y 60.

Otro acontecimiento —no tan imprevisto como el anterior— se da cuando visita la obra en construcción que será el futuro palacio, observa a los albañiles y éstos lo observan a él, le piden cargue por el andamio una lata, a un lado de Blanquillo:

“¡Dale, Julio! ¡Dale, Julio!” le iba gritando, y él sentía cómo el borde de la lata le causaba cada vez más dolor en el hombro y que tendría que dejarla caer y arrojarla contra la baranda del descanso. “Primera etapa”, respiró Blanquillo, “¿quieres descansar un poco? ¿Te bajo la lata?” Y él que sí quería descansar y además desistir, dijo, inexplicablemente no.⁴

Ese “no”, tan simbólico, reafirma la idea de que nuestro protagonista no encajaba bien en su clase, en su familia, tal vez por su ingenuidad, tal vez por su misma condición de niño, tal vez porque buscaba aceptación o simplemente por curiosidad, lo cual es característico en esta etapa de la vida. Después de todo, Julius seguía siendo un lunar de carne en el rostro más bello.

Sus ojos, sus orejas, todo él lo captan: existe una gran diferencia de modales al comer. Los pobres carecían de mesa, manteles, tenedor, cuchillo; parecían no necesitarlos en realidad y, sin embargo, estaban dándole lecciones de unión, solidaridad y apoyo entre ellos. Como si la educación no sólo se encontrara en los colegios, sino también en la calle, en las áreas de trabajo, no importa de qué clase social estemos hablando. La forma de vivir es también una manera de “educar”. Y Julius estaba dispuesto a aprender: de los mendigos, de los albañiles, de Gumersindo Quiñones, de las monjitas, en la calle, la casa, el colegio.

⁴ *Ibid.*, pp. 189 y 190.

Sigmund Freud considera esta etapa (entre los seis y los doce años) de latencia, donde el niño desarrolla una serie de actividades que le ayudan a ejercitar esa parte intelectual, manual y social. Encontrar su rol sexual, tú eres niño, juegas fútbol y usas pantalón.

Esta sección de la novela nos dibuja, además de esos encontronazos, una diversa gama de personajes: el estudioso, el peleonero, el amigo, el que somete y el que es sometido, la maestra regañona, donde actitudes discriminadoras nunca faltan: el gordo, el pobre, este último sucio e inmundado. La disciplina tiene varios sentidos: controlar y garantizar la supervivencia de una religión.

Nuestro protagonista, con ya ocho años, en misa descubre que el sacerdote le inspira desconfianza, aunque haya hecho la primera comunión. “No pudiste dormir bien por varias noches, tenías miedo de pecar casi por cualquier cosa”, parecía ser la voz de una conciencia recién adquirida a través del catecismo:

El padre Brown les habló, mitad en inglés, mitad en pésimo castellano [...] Se aprendieron los diez mandamientos, sin entender muy bien algunos que el padre no explicarlos aún; primero, aprenderlos bien de memoria, ya después se vería, la vida les irá enseñando quién es la mujer del prójimo y lo de fornicar, que tenía bien preocupado a varios.⁵

Después de todo, es común que suceda así, hasta la fecha. Si bien los personajes de *Un mundo para Julius* viven en los cincuenta en Lima, Perú, acá en México, en pleno siglo XXI no ha cambiado mucho esto. La catequesis aún no supera ese tipo de situaciones, como el explicar lo

⁵ *Ibid.*, pp. 130 y 131.

referente a cometer “pecados de la carne” o qué significa “no fornicarás”.

En este momento de la obra, aparte de lo mencionado, Alfredo Bryce nos invita a mirar a través de ese aire callado tan de Julius, dos escenas bastante simbólicas: aquella mañana en que uno de tercero, Arzubiaga, lloraba porque la monja Zanahoria le quitó la pelota. Nos dimos cuenta que: “los grandes también lloran”. O ese sueño recurrente donde se transforma en Cano, aunque no de manera muy consciente. Podemos considerar que Julius se lanzaba a buscar otros mundos, seguramente diferentes al suyo. Cano representa a la pobreza, una que lo avergonzaba demasiado y la cual trataba de ocultar, aun cuando algunos en el colegio ya la habían notado: “Cano tenía la corbata muy vieja y era medio distinto o algo, supieron que era del equipo de Callao, donde había mucho ratero y era peligroso, donde matan a toda la gente.”⁶

Esto es el colegio, una manera de ver cómo se interrelacionan, se contactan y hasta cierto punto conviven la pobreza, la riqueza, la religión, en esa etapa en que todavía se es vulnerable, maleable, a través de los ojos de un niño.

Así inicia “Country Club”, capítulo tres de la novela:

Fue el verano más largo de mi vida, diría Julius si le preguntaran por los meses que pasó en el Country Club. Y triste, además, sin Nilda, ya para siempre, sin Celso ni Daniel, con su versión complicada de la casa nueva, la de allá en la barriada, donde si no construyes se te meten al terreno.⁷

⁶ *Ibid.*, p. 147.

⁷ *Ibid.*, p. 203.

Pero no todos lo percibían así. Espacio ideal para adultos, jóvenes y niños, radiantes de belleza y dinero necesitaban continuar la vida: encontrar personas similares con intenciones de verse mejor que los otros, vestir a la moda, compartir anécdotas de viajes, entablar conversaciones sobre quién adquirió el nuevo modelo de auto compacto, camioneta o deportivo, o juguete posmoderno. Poner en práctica expresiones como: *Darling, Oh, my God!, Can you give me some money, please?* Momento de compartir un *gin and tonic*, un *whisky* o un té, al lado de la piscina, jugando golf, reafirmando esas vacaciones donde cada maleta al llegar o salir de ese lugar habla de libertad, el derecho a descansar, disfrutar de la vida. A Juan Lucas

Le encantaba salir del hotel rodeado de botones uniformados y pendejos, que depositaban momentáneamente sobre la vereda sus maletas de cuero de chanco como los asientos de un Rolls-Royce, y esperaban sus órdenes para introducirlas, ésta al lado de ésta, sin golpearla contra los bordes, pues hijo, en la maletera del Mercedes o del Jaguar.⁸

El Country Club parecía una enorme pecera, cristalina, siempre limpia, pulcra, equipada con los accesorios más caros, extravagantes y novedosos. Los peces eran felices, especiales, cambiaban de color cuantas veces se les ocurría, se miraban unos a otros con orgullo de ser los que habitaban la mejor de todas, la que nunca se contamina, la que se llena de agua especial. Ahí sólo los boto-

⁸ *Ibid.*, p. 206.

nes y la servidumbre podían nombrarse pendejos, eran otra especie.

Juan Lucas representa a muchos como él, déspotas en su mayoría, odiando a los pobres, menospreciando a quienes no comparten sus ideas y proyectos, hablando de negocios, acompañado siempre de una mujer bella, rubia, medio distraída, con una copa en la mano, tomando el sol junto a la piscina. Intuía a pesar de todo que Julius era algo diferente, intuía también cuándo era necesario usar determinada ropa:

Se cambiaba de ropa mil veces, fraccionaba el día en temporadas que lo obligaban a vestirse siempre distinto y que pasaba en distintas regiones, distintos ambientes del inmenso hotel; deportivo, algo despeinado por el golf de la tarde; cuando con Julius entraba a comer en la Taberna; príncipe cuando sólo con Susan.⁹

“Los grandes”, penúltima sección de la novela, muestra a un Julius de nueve años que vuelve al colegio.

Ahora pertenece al grupo de “los grandes”, es decir, se va acercando lento a lo inevitable: ser un adolescente, un joven, después un adulto, de un mundo que, al parecer, no eligió. Descubre con tristeza que “Súper Ración” sólo es un dibujo, un héroe de historieta... la niñez se va alejando.

Al entrar al colegio, Julius tuvo la sensación de que sus pies pisaban más abajo. Primero pensó que a lo mejor se iba a desmayar, pero luego, al detenerse, empezó a comprender que había crecido. Estaba en tercero de primaria, era un

⁹ *Ibid.*, p. 207.

grande en el colegio, por eso el cemento del piso estaba ahora más lejos de su vista y el local le parecía más pequeño, soy un grande.¹⁰

Con esto vienen otros cambios: servidumbre para la nueva casa, una chica que asoma por una ventana mientras se pinta las uñas, un anciano filatelista, una gruñona maestra de piano, y con ellos, las mentiras, los temores, miradas, castigos si no colocas bien las manos sobre el teclado. Todos y cada uno van formando parte del mundo de Julius, haciéndolo crecer, obligándolo a experimentar, experimentar diferentes maneras de establecer contacto.

Entonces intenta dormir, resulta necesario escapar, aunque sea un poco, de la realidad. Soñar que es Cano, leer tal vez y así conocer otros mundos: el de Mark Twain o el de Charles Dickens.

“Retornos”, así decide titular al capítulo final Alfredo Bryce Echenique. En plural, porque no sólo se refiere al regreso de Santiago para pasar la Navidad en casa. Retornan imágenes, recuerdos, rostros queridos, un Bobby que casi se pierde en el alcohol, ante la impotencia y la frustración. Él y Santiago, orgullo de Susan y Juan Lucas, representan el feliz retorno de una réplica de roles, los adecuados para seguir manteniendo su clase social: seres déspotas, frívolos, siempre a la moda, con auto del año, concededores del trato que se debe dar a los que no son de su condición económica.

Regresa la muerte recordando nuestra vulnerabilidad, a través de Arminda quien nació, creció, vivió y murió en su mundo: el mundo de una planchadora.

¹⁰ *Ibid.*, p. 289.

Regresa Vilma en labios de Nilda.

Julius hoy cumple once años, sus orejas menos grandes —escribe el autor— no debieron escuchar a Nilda esa mañana. Vilma, aquella chola hermosa de Puquío, que podía ser descendiente de un inca, que le sacaba cargado en peso de la carroza y le apretaba contra unos senos probablemente maravillosos, ésa que a veces miraba atentamente mientras respondía a sus preguntas y esperaba que terminara con una explicación para hacerle otra pregunta y otra y otra... ahora es puta. Ella, que renunció ante el acoso de Santiago, cuando Julius tenía cinco años.

Vilma era gigantescamente puta y a él ya que le quedaba sino escoger entre los tres a Susan, írsele encima no bien el impulso lo arrojara contra ella, colgársele, prendérsele del cuello, llorar gritándole ¡ayúdame!... ¡sácame esto de encima!... ¡como un globo!... ¡enorme!... ¡pesa!... ¡me aplasta!... ¡me oprime!... ¡me duele!... ¡llévense a Vilma, ¡a Nilda!, ¡a Cinthia!... Pero no. No porque Julius le ganó la partida al momento y la camioneta llegó sin novedad al palacio. No pasó absolutamente nada.¹¹

Rotundo regreso a la realidad, injusto tal vez, cruel para alguien que acaba de cumplir once años.

Así es, Julius, regresó Vilma para recordarte que ya no eres un niño, que ya conoces el significado de la palabra "tirar", que existen muchos mundos y que en el tuyo, aunque es enorme, no pueden caber todos. Tendrás que seguir buscando, experimentando de diferentes maneras, descubriendo que a veces entre un mundo y otro hay vacíos grandes, oscuros, que sólo pueden

¹¹ *Ibid.*, p. 474.

llenarse con un llanto largo y silencioso, llenecito de preguntas, eso sí.

Bibliografía

Alfredo Bryce Echenique. *Un mundo para Julius*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2011.

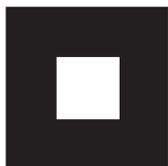
Ronald d. Laing. *Él yo los otros*. México, FCE, 1982.

Antoine Saint Exupéry. *El principito*. México, Ediciones Leyenda, S. A. de C. V., 2009.





Muestra de obra
Alfredo Bryce Echenique



La literatura entre las sábanas

Alfredo Bryce Echenique

Hasta llegar casi a la adolescencia, más o menos, lo primero que hacía yo al entrar a la cama, verano e invierno, y con las calenturientas o frías consecuencias que fácilmente se pueden imaginar, arrancaba casi de raíz la o las frazadas y casi literalmente la o las mandaba de paseo. Me aferraba en cambio a las sábanas y, ya con la luz del dormitorio apagada, esperaba la llegada de la literatura.

Hoy lo sé, claro está, y así no vale, como suele decirse. Pero entonces no lo sabía y así, de esta extraña manera, retornaban a mí, noche tras noche, mis mejores amigos y mis peores enemigos. Debo señalar, además, que retornaban armados hasta los dientes, sea en el lejano oeste traicionero o en plenas calles pandilleras y vengativas de Chicago. Y, la verdad sea dicha, hasta el día de hoy no logro explicarme cómo demonios poseía yo un conocimiento tan asombrosamente exacto de estados como Texas o Arizona, o del contrabando de licores por las calles sembradas de italianos muertos de la tan mal afamada ciudad gansteril. Y por supuesto que tampoco logro explicarme cómo demonios Alberto Ferrand o César Caminati, siendo dos niños durante el día, por las noches eran un gigante llamado John Wayne o el perverso Richard Widmark, quien con un **¡já** que solo a él salía, le quedaba y le sonaba perfecto, acababa de enviar escaleras abajo, con silla de ruedas y todo, a una viejita absolutamente paralítica. Y tan solamente para quedarse con su monederito, **¡já...**

Y ahí andaba yo entre mis sábanas, tratando de acallar lo imposible, o sea unos quejidos y lamentos realmente sonoros y conmovedores, porque acababan de arrancarle el cuero cabelludo, en la más lejana y cruel pradera, a mi gran amigo Gustavo del Campo. Y mi atraso en llegar a salvarle el pellejo, sin más armas que mis consabidas sábanas, cómo no, había sido considerable. Y algo muy similar —aunque mucho más humillante— me había ocurrido en pleno cruce de las calles Décima y Octava de Chicago. Cargado de bostezos, porque era ya de madrugada, aparecí yo pistola en mano a salvarle el pellejo al Colorado de las Casas, a quien el pérfido Richard Widmark acababa de desposeer hasta del apellido. Y juro que no sentí miedo ante la presencia de tan afamado villano del cine, aunque claro, por meterme yo en su película, Widmark me metió una avasalladora y muy novedosa bofetada, que prácticamente partió en dos, sobre todo de vergüenza, mi inolvidable cara de idiota.

La verdad, yo creo que vale la pena analizar la bofetada con la que el rubicundo y tan iracundo matón que era Richard Widmark me impidió llegar con mi voluntario auxilio en ayuda del pobre Colorado de las Casas, quien realmente no merecía acabar sus días entre las calles Décima y Octava de Chicago. Richard no asestaba su golpe con la palma de la mano, sino más bien con la parte superior y lateral de ésta y con algunos dedos que le añadían una buena dosis de maldad al golpe y una eficacia que me atreveré a calificar de tan sutil como abrumadora y humillante.

Pero, en fin, todo esto ocurría entre mis sábanas. Otro era el panorama —por decirlo de alguna manera— desde las sábanas nocturnas, preocupadas e insomnes de mis padres, quienes recurrieron en primer lugar al interroga-

torio franco y directo para dilucidar un problema que cada día los inquietaba más.

—Hijito —me dijeron, con la intimidad y cercanía que suele producir un diminutivo pronunciado casi con luna de aumento y colocándole a uno sobre la frente una mano de Santo Padre en Roma.

—¿Papá? ¿Mamá?

—¿Por qué cada noche tu dormitorio emite tal cantidad de lamentos y gemidos, primero, y tan sonoros aplausos y hasta carcajadas, después?

—Sucede simplemente, papá...

—Pero tiene que haber alguna otra razón, hijito.

—Pues según la madre superiora es porque estudio en un colegio muy religioso y siempre al final el bien triunfa sobre el mal.

—Muy bien, hijito. Nos gusta mucho oírte decir eso.

—En cambio a mí ya empieza a aburrirme tanto bien y tanto mal... ¿No habría algo en el medio y también en el medio del medio, por decirlo de alguna manera?

Mis padres salieron disparados donde la madre superiora, primero, y donde un psiquiatra, enseguida. La primera dictaminó que era preciso sacarme de entre tanta sábana y enseguida aplastarme bajo un buen par de frazadas de invierno. Y para siempre. Invierno y verano y para siempre. El psiquiatra, por su parte, aconsejó, o más bien recetó, que se me diera a leer a Julio Verne.

Pero el fracaso de ambos fue rotundo y tan sólo unas semanas más tarde ya estaba yo nuevamente con mis amigos y enemigos escolares, y con los nervios de punta, aunque entretenidísimo, entre mis entrañables sábanas. Chicago, incluso, había crecido, y ahora tenía miles y miles de calles, y a Richard Widmark se le habían sumado Edward G. Robinson, refinado y perverso; James Cagney,

pelirrojo, vulgar como nadie, y perverso, también; Richard Conte, italiano de origen y además perverso; y George Raft, que nadie sabía de donde venía pero al que nadie le ganaba en perversidad.

Y además, cosas de la vida y la educación, en el colegio una monjita preciosa me enseñaba a tocar un preludio de Chopin y yo la hacía reír a carcajadas cuando le aseguraba que, cada noche entre mis sábanas, el inmortal compositor se escapaba de la historia universal de la música para irse de pianista a una cantina del Lejano Oeste, y más precisamente de Texas, que se acababa de incorporar a los United States, con lo cual el Lejano Oeste había crecido tanto que se había tenido que contratar a mi amigo Luis Elías, inmenso escolar, en calidad de John Wayne, para poner un poquito de orden entre tantísimos malhechores. Y todo esto, claro está, sucedía por las noches y entre tan sólo dos sábanas, para ser más exactos.

Y así sucesivamente hasta que llegó el verano aquel que mi familia y yo pasamos en una estrechísima península llamada La Punta, habitada en buena parte por descendientes de italianos llegados de la Liguria. El resto de la población solía encontrarse casi siempre en un bar llamado Casablanca, al cual me llevaban cada mañana a comprobar, con verdadero pavor, que era verdad que uno de sus parroquianos era un viejo marinero, ya en tierra y para siempre, pero sin pipa, eso sí, y que se llamaba Juan Infierno, con carnet de identidad y todo.

Y andaba yo bastante afectado por una fuerte bronquitis cuando los periódicos de la mañana trajeron hasta las sábanas de mi cama la atroz noticia de que en Lima un crimen político había acabado con la vida del padre de mi mejor amigo.

Quise levantarme e irme hasta Lima a acompañar a mi amigo, pero mis padres me lo impidieron, aduciendo que con esa fiebre y con esa bronquitis era demasiado arriesgado levantarme. Y con gran astucia, en cambio, me convencieron de que aceptara cubrirlo todo con una buena frazada, o sea fiebre, bronquitis, y el agudo dolor que aquel crimen y el destino de mi amigo me producían.

Minutos después, en un corredor al que se asomaba mi dormitorio, escuché que mi padre le decía a mamá que yo era literalmente un niño bastante extraño. No lloraba ni daba muestra alguna de dolor por una muerte real y en cambio por las noches gemía y pataleaba entre mis sábanas con verdadera consternación, inquietando a toda la familia y las personas del servicio, por muertes absolutamente imaginarias que ocurrían, además en Texas y en Chicago, situados ambos estados en mi propio dormitorio. Y esto sí que era algo que daba que pensar.

Pero la tarde del crimen ocurrió además algo que literalmente me aterró. Una tía solterona, horrorosa, y muy parecida además a Juan Infierno, sin pipa, me mantuvo llorando a mares y bien escondido bajo mi recién estrenada frazada, leyéndome con alevosía y gran maldad la novela *Corazón*, de Edmundo d'Amicis, en la que un niño muerto de frío y desamparado, buscaba infructuosamente a su madre nada menos que desde los Apeninos hasta los Andes.

Yo iba ya a cumplir los ocho años y me tocaba prepararme ya para la primera comunión, o sea que me tocaba también pasar por la primera confesión. Y, cómo no, al confesionario fui de cabeza y narré con lujo de detalles que yo no lloraba ni siquiera cuando asesinaban a un señor al que quería mucho y que en cambio lloraba y gemía

y hasta pataleaba, como un verdadero poseso, con las ficciones que noche tras noche poblaban mi cama.

Sin duda alguna el cura que escuchó la confesión aquella era muy bruto, pues citó en la dirección del colegio a mis padres y les dijo nada menos que el extraño caso de su hijo requería con urgencia de un médico psiquiatra. Mucho más prudente y sosegado resultaba el consejo del tío Ezequiel Echenique, quien recomendó incluso una infantil lectura del Quijote. Pero como el tío Ezequiel era poeta, en casa resultaba algo así como un instrumento muy muy viejo y ya casi en completo desuso.

Y así continuó mi vida, bordeando siempre la literatura como destino y la realidad como desatino. Y por ello justamente llevaba leídos unos siete u ocho médicos psiquiatras, el día en que, por fin, reí, lloré, y viví a mares por los inmortales caminos de Don Quijote y Sancho.



■ **Alonso Cueto**

Nació en Lima, Perú (1954). En 1977 se graduó en la facultad de literatura de la Universidad Católica del Perú con una tesis sobre la obra de Emilio Adolfo Westphalen. Ese mismo año, realizó en España una investigación sobre la obra de Luis Cernuda, con una beca del Instituto de Cultura Hispánica. En 1984 se graduó con el título de PhD en la Universidad de Texas con una tesis sobre los relatos de Juan Carlos Onetti.

■ **Iván Thays**

Originario de Lima, Perú (1968). Ha escrito el libro de cuentos *Las fotografías de Frances Farmer* (1992) y, entre otras, las novelas *Escena de caza* (1995), *El viaje interior* (1999) y *El orden de las cosas* (2012). Su obra *Un lugar llamado Oreja de perro* (2008) ha sido traducida al francés, italiano y portugués. Ha sido profesor de narrativa en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú y ha dictado cursos de creación literaria en México, Colombia y Puerto Rico.

■ **Gema Leticia Méndez Estrada**

Nació en Guadalajara (1960). Estudió Psicología y Letras en la Universidad de Guadalajara. Profesora, promotora de lectura y tallerista de la Preparatoria 11 de la UdeG. Ha publicado artículos en *Diálogos*, *Hoja paloquear*, *Diserta*, *Ágora*, *Devenir* y en el *Boletín de la Sociedad de Profesores Universitarios*. Está antologada en *Entre líneas. Escritores del sems* (2000). Ha obtenido algunos premios como el primer lugar en el concurso de ensayo sobre Rosario Castellanos convocado por la Preparatoria 4.

■ **Julio Ortega**

Nació en Casma, Perú (1942). Crítico, ensayista, profesor, poeta y narrador cuya obra de pensamiento es una de las más importantes de América Latina. Profesor en Brown University, y en diversas universidades americanas y europeas. Entre sus publicaciones críticas destacan *El discurso de la abundancia* (1992), *Una poética del cambio* (1992), *Arte de innovar* (1994), *Retrato de Carlos Fuentes* (1995), *El principio radical de lo nuevo* (1997) y *Caja de herramientas. Prácticas culturales para el nuevo siglo chileno* (2000).

